

Alberto Val Calvo

LA
FLECHA
AMARILLA

«Ahora ya sabes lo que pasa si abandonas al Apóstol»

Galicia, verano de 2021. La tranquila localidad de Tuy amanece con la aparición de un peregrino muerto y ninguna pista sobre quién es ni qué ha podido pasar. Solo hay una cosa clara: se trata de un asesinato.

Los guardias civiles Valeria Guerrero y Hugo Campos son los encargados de investigar este caso que arroja tantas preguntas. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Por qué lo han matado? ¿Quién, o quiénes, son los responsables de su muerte? Y, sobre todo, ¿qué se esconde detrás del crimen?

Sigue la flecha amarilla

LA FLECHA AMARILLA

Alberto Val Calvo

Capítulo 1

—¿Qué te pasa, muchacho? Ni que fuera a matarte...

El crujir de las hojas acompaña los pasos del hombre.

Se acerca a un chico joven que se mueve de manera compulsiva a un lado y otro mientras se recoloca una gorra. Parece inquieto.

—Lo... Lo siento, de verdad. —El joven agacha la cabeza avergonzado y es incapaz de mirar a su interlocutor—. No puedo continuar así, jefe.

Las gotas de sudor le brotan de las sienes, se le entrecorta la voz y le tiembla el pulso. El rostro refleja el miedo por todos los poros de la piel. Da pequeños pasos nerviosos en el sitio y rompe algunas ramitas que hay en el suelo. A su espalda escucha el suave tintineo del agua, aunque mantiene la vista puesta en la sombra alargada de ese individuo y en sus mocasines grises.

—Ya me habían avisado de tus intenciones. —Queda atrás el tono distendido y hasta jocoso con el que saludó al muchacho. Su pregunta suena muy agresiva—. A ver si lo entiendo bien, ¿estás diciendo que quieres abandonar?

El chico retrocede, aunque el jefe sigue sus pasos. Se muerde los labios con rabia y espera una explicación de su subordinado, aunque solo obtiene silencio por respuesta.

—Estabas perdido, no tenías ningún futuro ni sabías cómo ibas a ganarte la vida —el hombre sujeta con virulencia la barbilla del joven para que le mire directamente a los ojos—. ¿Lo entiendes?

Aprovecha la diferencia de altura para tener al muchacho a su merced. De vez en cuando sonríe de manera macabra para aterrorizar más a ese joven tembloroso, como si quisiera marcar su territorio. Parece el lobo feroz que acorrala al débil cabritillo. Al hombre le gusta estar en esa posición de dominio.

– Recuerdas lo que me dijiste la primera vez que nos vimos? –Relaja su fuerza aunque mantiene la mano en el mentón del chico. Esta vez su voz suena más cordial–. Quer as sentirte útil y querido.  Acaso no es así?

El muchacho intenta desviar la mirada, pero el jefe lo zarandea para que se fije en él.

–No me cabrees –el hombre acerca su rostro a la par que ejerce mayor tensión en el rostro del joven, hasta el punto de abrirle la boca a la fuerza–.  No me cabrees! –repite con un grito que provoca un espasmo en el mozo.

Decide soltarlo y lo empuja con agresividad.

El muchacho se tambalea hacia atrás y choca con un arbusto situado detrás de él. Espera un par de segundos antes de recuperar la postura.

–Eres un desagradecido –dice en claro tono despectivo mientras pone un par de metros de distancia entre ambos.

El joven traga saliva y hace acopio de todas sus fuerzas para hablar. Amaga hasta tres veces antes de que las palabras salgan de su boca.

–La persona que soy hoy es gracias a este trabajo –el chico se lleva ambas manos a su pecho en señal de agradecimiento–. Pero ya no puedo seguir así, no estoy cómodo haciendo todo esto.

El muchacho se quita la mochila que porta y la deposita en el suelo, justo entre él y el jefe. Se agacha y suena el *clic* de la apertura, aunque deja que sea el hombre quien mire su contenido. Este rebusca en su interior durante unos instantes hasta que parece dar su consentimiento.

–Está todo –el joven se mantiene atento a todos los gestos de su superior–. Se lo aseguro, no me he llevado nada.

El hombre da su aprobación. Escucha sin parpadear las palabras del chico, aunque su mirada severa tensa todavía más la situación.

–Necesito saber por qué –la confusión gana terreno en la voz del hombre–. ¿Qué ha salido mal para que no quieras continuar?

–Solo... –el joven duda. Hace una pequeña pausa para escoger lo mejor posible las palabras–. Solo quiero dejar atrás todo esto e iniciar una nueva vida, lo prometo.

El jefe se retira unos metros, como si quisiera estudiar la explicación del chico. Menea a un lado y otro la cabeza en claro signo de negación, no comprende los motivos que le da.

–No contaré nada a nadie –el muchacho alza la voz fruto de los nervios, aunque enseguida rebaja el volumen al observar la actitud intimidante de su superior–. Lo juro, estaré callado.

El hombre sopesa la situación sin moverse del sitio. Se lleva a la cara la misma mano con la que agarró la barbilla del joven y se queda pensativo. Tras valorar por un pequeño espacio de tiempo, se hace a un lado y le indica que ya puede marcharse con un leve movimiento de cabeza. El joven duda, aunque al final hace caso y empieza a andar hacia la salida del claro.

–¡Espera! –El hombre lo frena justo cuando pasa por su lado–. Antes de que te vayas déjame que te diga una cosa.

El chico pega un respingo de manera instintiva y el hombre lo aprovecha para colocarse cara a cara otra vez.

–«Caminante, son tus huellas el camino, y nada más; caminante, no hay camino: se hace camino al andar».

El hombre pausa su discurso y espera una reacción.

—¿A qué vienen estos versos? —El muchacho no entiende por qué el jefe se pone a recitar.

—Es un poema de Antonio Machado —el hombre posa la mano izquierda en el hombro derecho del chico en claro tono condescendiente—. Me hizo entender que siempre hay que seguir hacia adelante, por muchos obstáculos que te ponga la vida —una sonrisa le ilumina la cara—. Me lo aprendí la primera vez que hice el Camino de Santiago.

El joven menea arriba abajo la cabeza, como si hubiera entendido la reflexión.

—¿Quieres saber cómo sigue?

El hombre mantiene el contacto físico con su subordinado. Enarca las cejas para forzar una respuesta. El chico asiente por inercia, ansía marcharse pero no quiere parecer desconsiderado y, con ello, cabrear al hombre.

—«Al andar se hace camino, y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar».

El jefe vuelve a callar mientras las palabras parecen resonar en el ambiente. Al cabo de unos segundos añade:

—Nunca pisaremos las huellas que nosotros dejamos, pero sí sirven de referencia para los que vengan después de nosotros. Somos un ejemplo, ¿lo sabes?

Posa la mano que tenía libre en el otro hombro del chico y se acerca un poco, como si amagara con abrazarlo.

—Me tengo que ir —dice el muchacho con cierta premura mientras intenta separarse.

—¿Te vas a perder el final? —El hombre lanza la pregunta con tono pícaro e incluso juguetón.

El joven se queda parado. Comprende que solo podrá marcharse cuando el jefe dé por terminada la monserga, así que asiente nuevamente.

El hombre quita despacio las manos e incluso le sacude la ropa, en un burdo intento por lograr que el chico luzca su mejor aspecto.

—«Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar».

Termina el poema con suavidad sin dejar de mirar fijamente a su empleado. El muchacho espera una nueva reflexión, aunque de repente siente que los ojos se le salen de las órbitas: el hombre le agarra el cuello con violencia y aprieta con ahínco los pulgares en su garganta.

El joven forcejea para tratar de zafarse, pero el ataque lo ha pillado por sorpresa. Se agobia cada vez más al no poder respirar y se agita de manera nerviosa, aunque el pataleo solo sirve para que las fuerzas se le vayan agotando más rápido. El hombre controla la situación y lo zarandeo como si fuera un muñeco de trapo.

Después de un breve intervalo de tiempo, el muchacho afloja su defensa a pesar de unos espasmos desesperados, ya sin ningún atisbo de esperanza. El atacante se da cuenta de que ese joven chico va a morir en sus manos.

—Ahora ya sabes lo que pasa si abandonas al Apóstol — le dice el hombre antes de que el muchacho deje de moverse.

Capítulo 2

Mi adolescencia

Qué perra puede ser la vida incluso antes de nacer. Solo hace falta que te engendren para que se inicien los problemas. Si el espermatozoide que llega a la meta no es el adecuado puedes sufrir las consecuencias hasta el día de tu muerte. Podría suceder que te falte alguna de tus extremidades, que nazcas con un defecto congénito, que tu ADN sea propenso a desarrollar alguna enfermedad degenerativa... Todas esas posibilidades ajenas a ti condicionan tu paso por este mundo.

Una vez sales del útero hay otros riesgos. Como la posibilidad de que tu padre fallezca en un accidente laboral meses antes de verte la cara, o que tu madre pierda tanta sangre en el parto que muera a la par que te da la vida. ¿Cuál es la probabilidad de que esto suceda? Irrisoriamente baja, pero la opción existe. Al igual que la lotería alegra a unos pocos afortunados, llegar a la vida afecta a algunos desgraciados.

Yo nací marcado. Sin familia, sin futuro. Nunca antes los lloros de un recién nacido estuvieron tan justificados. En el hospital se encargaron de cuidarme los primeros días, pero necesitaba encontrar un hogar. Y los servicios sociales lo tuvieron claro: debía crecer en un orfanato hasta que cumpliera la mayoría de edad y tuviera el juicio suficiente para tomar mis propias decisiones.

Una cosa positiva de los hospicios es que sus internos tienen problemas similares. Además de los niños cuyos padres han fallecido, también hay pequeños que han sido abandonados u otros cuyos progenitores están tan desesperados que no pueden hacerse cargo de sus hijos. Un lugar en el que juntar a todos aquellos desdichados que no tuvieron la fortuna de nacer en la familia adecuada, en el momento oportuno ni en el sitio idóneo.

Los primeros años de mi vida fueron relativamente tranquilos. Me cuidaban todos los niños mayores, que se veían responsables del crecimiento de los más pequeños del centro. Comer, jugar y dormir, así era mi ciclo de vida. Eso era la felicidad. Veía los dibujos en el viejo televisor situado en el salón central; jugaba con otros niños de mi edad sin pelearnos por los escasos juguetes; dormía sin pensar qué había más allá de las paredes. Mi mundo se reducía a ese orfanato y no necesitaba nada más. ¡Qué equivocado estaba! Porque todo lo bueno suele tener fecha de caducidad.

Según iba creciendo también crecían mis responsabilidades y mis problemas. Ver la tele, jugar y dormir pasaron a un lado cuando tuve edad suficiente para ducharme, comer y vestirme sin ayuda. También empecé a plantearme por qué no podía cruzar esas paredes y conocer lo que había ahí fuera. Entonces me di cuenta de que los buenos ratos de la infancia quedaban atrás si no hacía buenas migas con los que mandaban. Y no me refiero a los trabajadores sociales, porque en ese orfanato los que llevaban las riendas no eran ellos: eran los jóvenes que estaban más cerca de marcharse.

Todavía recuerdo cómo uno de los adolescentes más iracundos me molió a palos por negarme a atarle los cordones de sus zapatillas. Ese matón estaba acostumbrado a que todos los niños fueran sus criados, pero yo era incapaz de pasar por el aro. No me achanté y peleé con él hasta la extenuación o, lo que es lo mismo, hasta que sobre-

pasé mi umbral del dolor. La diferencia de edad y estatura no se pudo compensar con la rabia y la cólera. Aun así, pude arañarle la cara y romperle la camiseta, lo que me valió para convertirme en la diana del agresor y su pandilla cada vez que se cruzaban conmigo por alguno de los pasillos.

Tampoco olvido la multitud de duchas con agua fría que me tuve que dar, castigado por los trabajadores sociales que me culpaban por la escalada de violencia en el centro de menores. Yo, que solo me limitaba a responder las agresiones que sufría para marcar mi propio territorio. Yo, que únicamente quería defenderme ante los acosadores para que me dejaran en paz de una vez por todas.

Harto de las continuas palizas y de observar cómo mi cuerpo se quedaba sin espacios libres de moratones, decidí en una ocasión avisar a uno de los encargados del centro para pedir ayuda. Pero esta idea tuvo un fatal desenlace: el adulto me acusó de problemático y me aisló durante dos días en una habitación. A mi salida, los acosadores me recibieron de la misma forma que lo hacían cada día: a puñetazos. Y me gané el apelativo de chivato. El plan para detener a mis agresores me sirvió para darme cuenta de la cruda realidad: estaba solo.

Hasta que apareció Ramón.

Un año mayor que yo, Ramón llegó al orfanato por la precaria situación económica de su casa. Hay hogares que se desprenden de un coche, de una televisión o de los trastos viejos. En el de Ramón decidieron que lo que sobraba era su hijo. Por eso, aunque sus padres no habían fallecido, sí que los borró para siempre de sus recuerdos. Muertos en vida. No perdonaba que se deshicieran de él como quien tira a la basura una camiseta desgastada tras varios años de uso. Tan pronto nos conocimos, conectamos. Puede que por ser ambos el blanco de la ira del resto de niños: uno, por ser considerado un soplón; otro, simplemente por ser el nuevo. Tal vez porque él y yo nun-

ca habíamos tenido una persona al lado que se preocupara por nosotros. Juntos éramos más fuertes y podíamos sobrellevar mejor ese infierno en el que se había convertido nuestra existencia.

Aunque todavía no podíamos salir por las puertas del internado por iniciativa propia, sí escapábamos de sus paredes a través de lo único que no podían arrebatarnos: los sueños. Y ambos nos ensimismábamos una noche tras otra. «Cuando estemos los dos fuera de este antro nos marcharemos juntos y será entonces cuando disfrutaremos de la vida, –me decía Ramón–. Buscaremos un trabajo lo más lejos de aquí, conoceremos a multitud de chicas, nos haremos millonarios y nos olvidaremos de este maldito orfanato. Seremos libres», le contestaba.

Solo había un problema: Ramón salía unos meses antes que yo. Cuando llegara el día de su partida, cada uno de nosotros asumiría sus propias responsabilidades. Mi misión consistía en sobrevivir en solitario y sin llamar la atención dentro del internado con la fe y la esperanza de un mundo mejor a su salida, mientras que él buscaría un trabajo, un hogar y un futuro para los dos. De esta forma, cada uno teníamos nuestros propios quehaceres para tener la mente ocupada.

Nunca supe lo que era tener un hermano mayor, pero encontré en su figura ese vacío. Gracias a su llegada me fijé un objetivo y conseguí que los golpes ya no dolieran tanto, que los insultos ya no resonaran en mi cabeza, que los recuerdos ya no me preocuparan. Nuestro vínculo se hizo cada vez más grande a medida que me dejaba llevar por sus historietas. Me contaba cómo era la vida fuera, cómo le gustaba el fútbol y lo bien que se lo pasaba cada vez que iba al estadio, cómo salía con la bicicleta y se recorría los montes, cómo andaba por las sendas mientras hablaba con personas muy amables a las que llamaba peregrinos... Me contaba lo que significaba vivir.

Volví a sentir la felicidad. Incluso cuando Ramón se marchó del internado pude soportar su vacío encerrándome en mi habitación y en mis sueños.

Los días y los meses pasaron hasta que llegó la fecha indicada. Era mi cumpleaños, el que me habilitaba como mayor de edad. Esa noche dormí mejor que nunca, puesto que cuando despertase dejarían de tratarme como un saco de boxeo adolescente incapaz de tomar decisiones para pasar a ser un adulto apto para alojarse en el mundo. Y mis primeros pasos los tenía claros: salir del orfanato para encontrarme con Ramón.

Postrado en la cama, navegué con la vista para repasar por última vez mi habitación. Lo que sentí fue una mezcla de enfado e impotencia por haber estado encerrado entre sus paredes más tiempo del que hubiera deseado, aunque también sentí miedo por alejarme de mi mundo conocido. Hasta entonces, creía que estaba en una cárcel, pero la incertidumbre me reconcomía. ¿Y si no encontraba nada mejor más allá de sus puertas? ¿Y si en ese internado era donde mejor podía estar?

Desde la salida de Ramón, llevaba meses especulando con lo que ocurriría cuando llegara mi cumpleaños. Porque no era lo mismo maquinar en tu cabeza qué quieres hacer que tener que hacerlo. Del pensamiento a la acción hay un trecho muy largo. No basta con la intención, también es necesario el impulso y el atrevimiento. Pero, cuando las dudas me asaltaban, me bastaba con viajar en mi memoria y acordarme de las humillaciones, vejaciones y palizas que recibí por parte de otros adolescentes, así como de los sueños, ambiciones y fantasías que fabulé con Ramón.

No.

No podía echarme atrás.

Me lo debía a mi yo del año anterior, aquel que decidió alejarse de ese antro en cuanto tuviera la oportunidad para dejar atrás una infancia marcada por la violencia.

Aquel que recibió una brutal paliza por parte de otros niños iracundos simplemente porque llegó antes al comedor. Aquel que en sus momentos más bajos y en absoluta soledad pensó en el suicidio como única solución para acabar con el maltrato sufrido. También se lo debía a Ramón, quien me escribía cada cierto tiempo para darme fuerzas y recordarme que fuera había un mundo mejor en el que ambos estaríamos juntos. Un mundo que descubrir. Un mundo que disfrutar. En definitiva, un mundo que vivir.

Una vez establecí mis pensamientos, me sentí liberado. Por fin iba a tomar una decisión salida del corazón y no impuesta por otros. Mi llegada a la vida, no tener familia, ingresar en el orfanato y pasar toda la infancia y adolescencia en esa cárcel eran circunstancias ajenas a mis deseos, pero dirigir mi camino después de salir del hospicio era, de verdad, la primera iniciativa que realizaba *motu proprio*.

A tan solo una semana de alcanzar la mayoría de edad, envié mi última misiva a Ramón. En ella escribí un único deseo: «Ven a mi encuentro cuando salga». No hubo tiempo para la respuesta, pero confiaba en la presencia de mi amigo una vez abriera las puertas del internado para conocer una nueva vida. Menuda decepción me llevé cuando no encontré ningún rastro suyo tras rebasar las puertas del orfanato.

Decepcionado, abatido y enfurecido, caminé sin saber hacia dónde marchar con el único propósito de irme lo más lejos posible de aquella institución en la que solo había conocido la maldad. Juré volver en un futuro, cuando tuviera fuerza y valor suficiente para cambiar las tornas; sobre todo para darles una vida mejor a los infantes que no sabían en qué lugar estaban alojados. Pero todavía me quedaba un largo camino que recorrer antes de regresar.

O eso creía.

Deambulé por un tiempo hasta que llegué a una amplia plaza coronada por una fuente. Aproveché para re-

frescarme y sentir el calor de los primeros rayos del sol. Sentado sobre un banco cercano, observé cómo un continuo flujo de personas pasaba por delante de mis ojos. En solitario, por parejas o en grupos grandes, en todas ellas podía atisbar que caminaban con decisión. Aquellos caminantes tenían algo de lo que yo carecía: un rumbo. A muchos de ellos los veía con grandes mochilas en sus espaldas, a otros tantos los miraba con recelo cuando se descalzaban para curarse las heridas de los pies. Todos coincidían en una cosa: siempre iban con una sonrisa en la cara.

Quizá llamado por la curiosidad, tal vez envidioso por su alegría, decidí hablar con uno de ellos mientras este llenaba una botella de agua en la fuente.

—¿Por qué pasa tanta gente con mochilas y bastones por aquí? ¿Dónde vais tan decididos?

Al caminante le sorprendieron tanto la pregunta directa como el tono incrédulo con el que la pronuncié.

—Todos nosotros somos peregrinos —respondió con gesto amable, como para intentar tranquilizar a su interrogador—. ¿Sabe lo que es un peregrino?

Al escuchar la palabra, recordé las historias de Ramón y de las clases recibidas en el orfanato, que hablaban de un nutrido grupo de personas que andaban por unas rutas en una especie de viaje espiritual al que llamaban Camino de Santiago y que siempre me despertó curiosidad. Ante mi silencio, el caminante me aclaró el término.

—Un peregrino es una persona que abandona las comodidades y problemas de su día a día para encontrarse con el apóstol.

—¿Todos vosotros camináis para ver a la misma persona? —No entendía la devoción que demostraba con ese mensaje tan simple.

—Cada uno tiene su propio objetivo, pero los peregrinos caminamos para encontrarnos con nosotros mismos —respondió con candidez a la par que me tocaba amablemente el hombro—. No todos llevamos el mismo rumbo ni